

LIBROS CRÍTICAS

POESÍA

La suspensión de la vida

POR ANTONIO ORTEGA

Los lectores de *La fragilidad* alcanzarán la unanimidad del jurado que le otorgó el XXXIII Premio Loewe de Poesía por su arumadora madurez vital y su soberbia capacidad expresiva, por enunciar una "teoría de la vida" desde la enfermedad, el dolor y la muerte mostrando qué "necesarios (son) la esperanza, / el consuelo, / alguna forma de redención", pues solo cuando "Viene la claridad, viene el mundo, / El azul atravesado por la estela de todos / los horizontes". Fruto de un intenso proceso de depuración emocional, estos poemas asumen un habla tan viva como poética, sin artificios ni ficciones, lejos de la mediocridad sentimental para dar voz al caos, a la resolución final de una pérdida irreparable: "Sabía que había vuelto para poner orden en la historia / para poner paz en sus sentimientos". Un ejercicio de verdad, de identidad personal y memoria colectiva.

Este poema traza la cronología de la pérdida de un padre y del anhelo obligado de encontrar un lenguaje capaz de hacerlo presente desde una forma recíproca de comunicación, cuando "No es posible ningún pensamiento, solo este acontecer / diáfano de los sentidos, esta suspensión del yo". De esa suspensión nace este demoleador poema, del extrañamiento de una conciencia que sabe de "la fragilidad de la vida", de sus "momentos de perplejidad / ante lo poco que somos / cuando somos un puñado de sombras". Solo ahí puede hacerse posible la conexión entre el lenguaje poético y la necesidad humana de ese lenguaje, en el ejercicio preciso de escritura, desde la intensidad de un amor que precisa "la más extrema disidencia del yo". Diego Doncel consigue que

ese no lugar de la muerte encuentre término en la lengua clara, en un principio de utopía y de esperanza: "Solo el dolor nos desafía a amar una vez más".

La fragilidad tiene una calidad sinfónica luminosamente devastadora que nos desplaza y recoge, "entre el tiempo y el sueño, / entre la memoria y la espera". Su geografía vital y los materiales de su realismo urbano hacen que una vez se ha leído sea difícil salir de este libro, y esta condición es la medida de su grandeza.

La fragilidad

Diego Doncel
Visor, 2021
89 páginas. 12 euros



Villa della Regina, en Turin. RENATO VALTERZA (REDA & CO / UNIVERSAL / GETTY IMAGES)

NARRATIVA

Naturaleza cotidiana

La casa del tiempo, de Laura Mancinelli, narra sin tópicos ni idealización la historia de un urbanita instalado en el campo

POR JOSÉ MARÍA GUELBUZU

Ultimamente, como consecuencia del periódico hartazgo de urbe y elogio de la naturaleza que está de moda, se vienen sucediendo narraciones que tratan de ciudadanos que se instalan en el mundo rural. En unos casos se presentan como historias de alta intensidad dramática, en otros como comedia, como huida en busca de alivio al estrés de la ciudad, de expiación o de pureza y también de costumbres pintorescas e incluso jocosas; pero lo más infrecuente es hallar narraciones que traten de mostrar un sentido de la vida ajeno a tópicos, a toscas idealizaciones, y fundado en la comunión del espíritu con la naturaleza. En muchas de esas historias, por lo general, hay más de pretexto que otra cosa porque el urbanita actual no soporta desprenderse de las comodidades de la vida moderna, y el hombre de campo vive atrincherado en la desconfianza y la pequeñez del entorno.

Esta novela de Laura Mancinelli (Údine, 1933-Turin, 2016), turinesa de adopción y profesora de literatura medieval alemana, traductora del *Cantar de los nibelungos* y autora de otras varias y celebradas novelas, es un sereno, medido e inteligente relato sobre un pintor, Orlando, que *nel mezzo del cammin della sua vita* se detiene al paso en el pueblo donde nació y no puede proseguir su ruta debido a una avería en el coche. Durante las dos horas que debe permanecer varado se encuentra con Placido, viejo compañero de infancia. Con él visita la casa de su antigua maestra ya fallecida, a la que adoraba, y acaba comprando la casa. Para cuando quiere darse cuenta cabal del hecho y estando como está, preso de una seca de artista, se resigna y se queda a vivir en ella temporalmente.

Este es el pretexto que le sirve a la autora para contar una historia sencilla y fascinante. Sencilla por su lineal y viva resolución en capítulos muy cortos, y fascinante porque esa *casa del*

tiempo revive porque da con el ocupante adecuado para despertar en la vida vivida, reconocer a aquel niño que amaba a su maestra y ayudarlo a respirar el pasado para fecundar el presente. Una casa celosa que no admite otros ocupantes, aunque pertenezcan al entorno emotivo de Orlando (su hermano y su cuñada, una amiga a la que convoca por soledad, la vieja que vivía en un ala de la casa cuando la compra), a la vez que manifiesta una enigmática empatía con el pintor.

Entonces hacen su aparición una serie de fenómenos sorprendentes: el reverdecimiento del tocón del viejo laurel, la muerte de una pareja de mirlos, la extraña aparición de una mata de romero (planta de amor) a la puerta de la casa, la agradable presencia de un gato negro o la de unos molestos topos que un día desaparecen sin razón, la aparición del niño del árbol, la entrañable enredadera y otros muchos elementos de la naturaleza del lugar (incluyendo la recuperada amistad de Placido), elementos que van ocupando espacios en la vida de Orlando como la naturaleza va ocupando espacios en la narración cargándola de vitalidad, de belleza y de intimidad al abrigo de una trama que tiene una parte de leve y misteriosa intriga. El aire, la luz, la vegetación... asoman en estas páginas con una calidad de descripción que se integra admirablemente en un relato que, como señala el editor en la contraportada, "trenza delicadamente lo maravilloso cotidiano con la memoria". Este afortunado comentario es el verdadero secreto de la seducción que emana de *La casa del tiempo*, porque pocas veces como en este caso el relato de la vida de las gentes y de las cosas alcanza a mostrar lo que bien podemos denominar la fascinante complejidad de la claridad.

La casa del tiempo

Laura Mancinelli. Traducción de Natalia Zarco. Periférica, 2021.
176 páginas. 16,75 euros

NARRATIVA

Jaboís novelista

POR CARLOS ZANÓN

Manuel Jaboís (Sanxenxo, Pontevedra, 1978) publica su tercera novela, *Miss Marte*. Antes, en 2008 y en gallego, publicó *A estación violenta*, y en 2019, *Malaherba*. Por en medio, colaboraciones periodísticas y columnas, que han hecho de su autor uno de los columnistas más leídos, valorados y (mal) copiados.

La excusa argumental de *Miss Marte* es el documental que una periodista quiere realizar en un pueblo de la costa gallega sobre la desaparición, en 1994, de una niña de dos años. Estamos en 2019 y hace 25 años de todo ello. Esa niña desapareció durante la boda de su madre, la enigmática y excéntrica Mai, miss Marte. Ambas llegaron como abandonadas por un plátano volante un año antes, y desde ese día, nada fue igual. Las dos cambiaron las vidas de un grupo de amigos y del pueblo.

Miss Marte es una novela con todas las noticias buenas. Al acabar su lectura te dan gracias de tener el teléfono de su autor, llamarle, dar las gracias y colgar. Sí, es ese tipo de libro. El planteamiento —en el que, a partir de una estructura coral, periodística, de *aventuras*, de mirada interior y exterior de personajes, lugares y

momentos— funciona desde unas premisas casi de cliché. Seguimos a su autor en la intriga de un misterio —la desaparición de una niña en un pueblo costero norteño, casi un subgénero—. Jaboís empieza a contarnos la historia y su música hace que le sigamos hasta el final. Maneja tempos, estribillos y melodía. El hablar directo, casi confesional, con la pirueta lúdica de alguien que mira, ve y encuentra las palabras justas para frenarse en seco. Crea un mundo tan

personal y, al mismo tiempo, generoso con el lector que, más que leer, vives en sus 200 páginas. Además, cuenta con un personaje que lo imanta y enloquece todo, Mai, la madre de la niña. Un personaje que, en manos de otro, podría haberse convertido en un agujero negro, pero que no sucede aquí al decidir su autor que, a medida que transcurre el libro, cambie nuestra percepción, vayamos entendiendo, cuidando, casi perdonando.

Con la trama, está la reconstrucción de 25 años atrás. Una recuperación más emocional que nostálgica. Nadie ahora aquel que era en esta novela. Si se ahora —como un precio que se quiso pagar— el impacto de las primeras veces o la imposibilidad de imaginar el mal, la pérdida o el dolor. La mirada de Jaboís es lúcida al mismo tiempo que evocadora. Conseguir ambas cosas entraña toda la dificultad posible. Todo está aquí en su punto, el bistori emocional y las charlas de bar, los bolsillos hacia fuera, la playa y los secretos que mejor no se desvelen nunca. Funcionan las distintas voces, los dos personajes que enhebran todo —Berta, la directora del documental, y el narrador, testigo de aquel verano y periodista local—. Y para finalizar, es impecable cómo el novelista Jaboís ha retenido al columnista Jaboís. Porque la tentación del lirismo 24 horas abierto, de la frase brillante, del diálogo cincelado, se aborta quedando todo eso siempre al servicio de la novela. No hay exhibicionismo ni un sonajero en cada párrafo. Jaboís se exigió no dejar todas las jugadas para su pierna buena. Ahora sabemos que tiene dos buenas.

Miss Marte

Manuel Jaboís
Alfaguara, 2021
208 páginas. 17,90 euros